La casa de los cerezos

The house the cherry trees

Los cuatro cerezos, crecían al lado de arriba del manantial. De troncos añosos, corteza negra y desteñida, ramas destartaladas repletas de abundantes hojas verdes y rojas cerezas al final de la primavera. Y en todo momento, mostrando un porte señorial y bello. Crecían estos árboles justo en un bancal muy estrecho que, en forma de caminillo, discurría paralelo al curso del río Darro. Arrancaba este bancal, con su estrecho caminillo, de donde mismamente surgía el venero.

Un no muy copioso manantial que ni siquiera en verano o en los años menos lluviosos, se secaba. Sus aguas eran muy claras, siempre fresquitas y con sabor, sólo un poco, a limón. Aguas agrias, la llamaban algunos aunque no llegaban totalmente a esta categoría. Justo donde brotaba este venero, al lado de abajo, en tiempos remotos, construyeron una alberca pequeña. Rectangular y como de dos metros en sus lados más largos por uno de ancho. El agua que a lo largo del día y de la noche, se iba acumulando en este bonito estanque, servía para regar el trozo de huerto que había en el bancal de abajo y para regar también las plantas del jardín.

Porque en la bonita casa, hoy conocida en Granada con el nombre de carmen, existía un no muy grande pero sí hermoso jardín. Con rosales de varias clases, plantas aromáticas, árboles de hojas caducas y varios frutales: cerezos, nísperos, naranjos, limoneros, moreras y un par de higueras. De aquí que esta sencilla casa con jardín, agua y huerto, fuera la envidia de muchos de los vecinos del barrio del Albaicín, otros cármenes y palacios por la orilla del río amigo de la Alhambra, los habitantes del gran castillo sobre la colina y de la ciudad de Granada.

Algunas personas, con frecuencia comentaban:
- Poco sabemos lo que dentro de esta casa hay y menos aún sabemos de las personas que lo habitan. Pero cuando se recorren los caminillos que van por la ladera de enfrente, como desde allí se ve claramente todo lo que se encuentra a este lado del río, esta casa, con su jardín y huerto, se presenta hermosa y como si exhalara grandeza.
- Lo que dices es cierto. No solo a ti y a mi nos intriga lo que dentro de esta casa puede haber, sino también a otros muchos vecinos de por aquí. ¿Cuándo podremos nosotros entrar a ir para ver las cosas?
- Es por completo privado este lugar y ninguno de nosotros conocemos a nadie de los que ahí viven. Pero sí, desde luego, que sería interesante poder entrar a esta casa para ver lo que dentro hay.

Dentro, aunque ninguna persona del barrio lo sabía cierto, intuyendo algo, vivía un joven que casi nunca estaba solo. Hijo mayor de una familia que tenía tierras en la montaña de Sierra Nevada. Tres hijos tenía esta familia, dos varones y una hembra, que era la más pequeña. El mediano, muy amigo de los animales y de la naturaleza, desde muy pequeño había estado unido por completo al hermano mayor. Lo admiraba tanto que le seguía a todas partes, lo obedecía en todo y lo imitaba en cualquier cosa que hiciera. Lo consideraba como a su guía, maestro, salvador, ídolo. De aquí que a lo largo de toda su etapa de niñez y parte de su juventud, continuamente se les vieran juntos cuando se movían por los campos y cuando iban de un lado para otro a las partes altas de las montañas, grutas, lagos y arroyos y cuando bajaban a la ciudad para alguna cosa.

La hermana, la más pequeña de los tres, bastantes veces se iba con los dos hermanos. Sobre todo cuando estos se movían por los Arroyos, charcos y corrientes del río que discurría cerca. También en los meses de primavera porque a ella le gustaba mucho cortar y coleccionar florecillas y espigas de esencia silvestre. La fantasía de esta pequeña era tan grande y original que lo que continuamente repetía a los hermanos, casi siempre se concentraba en esto:
- Un día tenemos que subir a esa alta montaña que nos mira desde el lado en que sale el sol.
El hermano menor le preguntaba:
- ¿Por qué tienes tanto interés en que subamos a esa montaña?
- Te lo voy a explicar despacio para que te guste mi idea y así te animes con lo que te estoy diciendo.

Y ella, ciertamente amable, siempre creando paz entre los hermanos y los padres y en todo momento como jugando, comentaba:
- Vosotros sabéis que a mí me gustan mucho las granadas.
Interrumpía el hermano pequeño confirmando:
- Claro que lo sabemos. Cuando los granados que crecen entre el manantial y el arroyo, abren sus flores, te vemos una vez y otra por allí observando estas pequeñas flores. Y lo mismo te vemos rebuscando en estos árboles, cuando la fruta empieza a ponerse dorada. Pero cuando más tú apareces por donde crecen estos árboles, es en las tardes y mañanas de otoño. Cuando ya las granadas están maduras y se abren como rosas para dejar al descubierto sus morados granos. Fenómeno que a ti te gusta más que otras muchas cosas. ¿Por qué es esto?

Ya esta pregunta, la pequeña siempre argumentaba:
- Lo primero que has dicho, las pequeñas y rojas florecillas de los granados, ya sabéis los dos por qué me gustan tanto: los delicados y rojos pétalos de esta flor, me hacen soñar con mariposas. Si un día subimos a la montaña que estamos diciendo, llevaré conmigo un buen puñado de pétalos de flores de granado. Desde allí, lanzaré al viento, estos pétalos para recrearme en sus rojos e imaginar que son mariposas de verdad. ¿No creéis vosotros que será muy hermoso ver todas estas montañas, el río que se aleja y la gran vega con la ciudad y la Alhambra, arropados todos estos lugares por una amplía y espesa nube de mariposas rojas?

No respondían los hermanos a esta pregunta pero sí, pasado un rato, le preguntaban a ella otra vez:
- Y los granos rojos que muestran las granadas cuando se abren ¿por qué te gustan tanto?
- Esto es lo segundo que quería deciros: el día que subamos a esa gran montaña también llevaré conmigo un buen puñado de estos granos. Ya allí, lo sembraré, no en sitios concretos sino por los manantiales, laderas y rocas para que se queden ahí clavados. ¿Os imagináis vosotros lo bonito que sería al salir el sol cada día, ver los brillantes rayos reverberando sobre estos rojos granos de granadas?
Y a esta fantasía, el hermano menor, sí que decía:
- Desde luego que será bonito lo que sueñas. Mil mariposas todas rojas surcando el aire y tres mil granos de granada brillando como ascuas por las montañas.
- ¿Verdad que sí?
Volvía a preguntar la pequeña. Ellos la conformaban diciéndole que un día, le ayudarían para que se realizara este sueño suyo.

Pero un día, el hermano mayor dijo a sus padres y hermanos:
- Tengo que irme de esta casa y lugar.
- ¿Por qué tienes que irte de aquí?
Le preguntó el padre. Muy apenados lo miraban el hermano menor y la niña, esperando impacientes que el hermano mayor respondiera a la pregunta que el padre le había hecho. Dijo el hermano mayor:
- Cada día y en cada momento, me ahogo más y más aquí junto a vosotros, en esta casa y en la soledad de estas montañas. Es como si me faltara la vida porque mi corazón sueña con mundos hermosos y desconocidos y con amigos, muchos y buenos.
- Que tengas sueños, es cosa importante y buena. Todas las personas, en su etapa de juventud, sueñan con otros mundos, desean tener amigos y recorrer caminos. Pero nosotros, en esta familia y casa, te hemos tratado bien y te queremos. Si te marchas, puede que nunca más vuelvas y esto nos llenará el corazón de tristeza.
Nada respondió el hermano a esta reflexión del padre. Pero sí, desde aquel día el hermano mayor comenzó a comportarse de forma extraña.

Casi nada hablaba ni con sus dos hermanos ni con sus padres. Siempre que podía, se alejaba de la casa y de ellos y se iba solo por las montañas. Al caer las tardes y también por las mañanas cuando el sol se alzaba por las elevadas cumbres, se iba al cerro que había por detrás de la casa y aquí se quedaba horas y horas en silencio. Mirando a los paisajes, ensimismado en la luz que por entre estos lugares el sol derramaba y como ausente. Como si esperara a alguien o como si tuviera en su interior algún plan secreto. Ni siquiera los perros que iban siempre con el rebaño de ovejas y cabras, lo distraían. Y mucho menos los acaban de su arrobamiento las aves que por el lugar revoloteaban ni el rumor de las aguas del río o arroyos que desde las altas montañas se despeñaban. Tampoco lo dos hermanos menores se atrevían a molestarlo.

Hasta que un día, cuando ya la primavera se iba retirando y el verano se acercaba, ocurrió lo que ninguno de la familia esperaba: siguiendo el curso del río, por entre la estrecha senda que remontaba a las aguas de las cascadas, subía el hermano mayor. Era media mañana, el viento estaba por completo en calma, no hacía ni frío ni calor y el cielo mostraba un azul intenso y puro. Por la espesa vegetación y junto al río, se movían, revoloteaban y cantaban, algunas currucas, un par de mirlos, dos o tres oropéndolas, una pequeña bandada de rabilargos y también tórtolas y palomas torcaces. Muy concentrado en sí y como meditando profundos pensamientos, caminaba el joven, dando la sensación también de que se alejaba de la casa familiar, de los paisajes por estos rincones y del rebaño de ovejas.

Se paró un momento en la sombra de la gran hoguera que arropaba con sus ramas un trozo de tierra llana junto al charco del río y alzó sus miradas hacia las altas cumbres que se elevaban al frente. Pensó: “Al otro lado de esta gran montaña, dicen que se abre el mar. ¿De qué color será el mar, dónde se encontrarán sus límites y a qué olerá el aire que por ahí se mueva? Me gustaría verlo, me gustaría recorrer mundos y conocer gente, me gustaría inmortalizar, guardar para siempre y compartir con otros, los sueños y sentimientos que en mi corazón palpitan y me gustaría encontrar la dicha, paz y gozo que busco. ¿De qué modo podría yo conseguir todo esto o al menos, parte?”

Y en estos momentos, de pronto, sintió un extraño ruido. A sus espaldas, por lo alto de la gran colina que por aquí se elevaba y por entre la vegetación que cubría toda la tierra de esta colina. Miró sorprendido para este lugar y nada descubrió. Sí hasta sus oídos llegaron sonidos de personas comentando cosas. Agudizó su atención y pudo escuchar:
- Esa pesa mucho porque es demasiado grande. Ni siquiera entre los dos podemos moverla.
- Pues mira ésta que hay aquí. También es grande pero podemos moverla y, como su forma es mucho más redonda, sirve perfectamente para lo que pretendemos.

Desde donde estaba parado, seguía mirando para la colina y lo que sí ahora de pronto descubrió fue una gran roca que ladera abajo descendía dando grandes botes. Gritó:
- ¡Eh, que estoy aquí!
Nadie le contestó. Sobre el tronco de un gran fresno, la roca se estrelló al tiempo que se oía un fuerte golpe y una atronadora explosión. Ni un solo trozo de roca le alcanzó. Pero sí, al instante pudo ver algo que realmente le dejó desconcertado. Por el suelo, cerca del río, por las pequeñas playas de arena y la llanura donde estaba parado, se extendieron muchos trozos de roca. Y al caer por el terreno, estos trozos de roca, empezaron a convertirse en pequeñas monedas.
- ¿Qué es esto?
Se preguntó en voz alta y se dispuso para recoger un puñado de estas monedas. Se agachó y justo cuando rozaba con sus dedos una muy brillante y redonda moneda, la voz de una persona le espetó:
- No son tuyas estas monedas.

Tal como estaba agachado, alzó la cabeza y los vio. Tres jóvenes, de cuerpo recios y espesas melenas, estaban parados frente a él. Preguntó:
- ¿Son vuestras estas monedas?
- Nuestras y tuyas y tenemos muchas más. ¿Tú quieres alguna?
- No solo me gustaría tener una buena cantidad de estas monedas sino que las necesito con urgencia.
- ¿Y por qué tienes tanta urgencia?

Y el hermano mayor, como si conociera a estos jóvenes desde mucho tiempo atrás, comenzó a contarle sus proyectos y sueños. Con interés y en silencio, los jóvenes robustos escucharon el relato del hermano mayor. Cuando éste concluyó su historia, esperaron un momento y luego, uno de ellos preguntó al hermano mayor:
- ¿De verdad quieres que tu vida cambie a partir de ahora?
- Ya sabéis que ciertamente lo necesito.
- Pues vente ahora mismo con nosotros y ya no digas ni preguntes nada más.

Desde donde se habían encontrado, los cuatro ahora, bajaron siguiendo el curso del río. Más abajo tomaron una senda que por el monte surcaba la ladera dirección a Granada. Unas horas después llegaron a la bonita casa cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Al ver los jóvenes robustos, los frondosos jardines, altos árboles y los cerezos, se quedaron sorprendidos. Quisieron preguntar pero se obtuvieron. Siguieron al joven y al poco todos entraron a la casa.

Ahora sí preguntaron ellos una y otra vez y el hermano mayor siempre le respondía:
- Todo este palacio, con sus jardines y árboles frutales, pertenece a mi familia. No es mío pero como si lo fuera y también vuestro desde ahora mismo.
- Pues si tú quieres, nos quedamos aquí contigo. A cambio, como ya te hemos dicho, podemos darte más monedas y también te propondremos algo que quizás te guste mucho.
- Por mí, trato cerrado. Como veis, tengo una casa con jardín, agua y árboles frutales y aquí junto a la Alhambra pero en mis bolsillos no hay ni una sola moneda. Necesito lo que me ofrecéis.

En la otra casa en la montaña donde la niña, los padres y el hermano mayor se refugiaban, todos estaban tristes y en el fondo, disgustados. La pequeña preguntaba a los padres:
- ¿Por qué no está con nosotros nuestro hermano?
Y la madre, sin estar segura de las cosas, conformaba:
- Quizá no esté lejos y aparezca pronto.
- ¿Pero a dónde ha ido?
No respondía la madre a esta pregunta ni tampoco el padre.

Sí en unos de estos momentos el hermano menor preguntó:
- ¿Puedo ir yo a buscarlo?
- ¿Y por dónde vas a ir a buscarlo?
- Yo creo que sé dónde podría estar.
- Pues ve y ojalá lo encuentres y lo convenzas para que vuelva.
Confirmó el padre. La hermana pequeña pidió acompañar al hermano menor y la madre dijo que esperara.
- Ellos dos volverán pronto y ya todo será como antes.

En un momento, el hermano pequeño preparó el zurrón. Puso dentro algo de comida y a primera hora de la mañana, salió de la casa de la montaña. Bajó hasta el río, cruzó la corriente, surcó las laderas siguiendo las sendas y en el centro del día, ya se acercaba a las primeras casas en de la ciudad de Granada. Rozó los jardines y murallas de la Alhambra, siguió avanzando y cruzó el cauce del río Darro. Se fue derecho a la casa de los cerezos y como encontró abierta la puerta principal del jardín, entró. Muy bien conocía él todo este lugar por la cantidad de veces que, con sus padres y hermanos, había recorrido tanto los pasillos del jardín, acequias, fuentes y otras estancias de la casa.

Por eso su pensamiento lo llevaba puesto en el edificio y en todos los espacios dentro. Avanzó dirección a la casa con la intención de entrar cuando, al mirar para su derecha, vio al hermano mayor. Justo por donde cuatro bonitos granados extendían sus ramas, el hermano mayor se abrazaba, cogido de la mano y se besaba con otro joven. Alguien que para el hermano menor era desconocido y por eso se asustó aún más. A ver esta escena, el hermano menor, se quedó parado, miró fijo a la imagen que había descubierto y apunto estuvo de gritar para llamar la atención y que se interrumpiera lo que veía. Pero no gritó, no dijo nada, no llamó al hermano ni tampoco siguió avanzando. Tal como se había parado, en el mismo sitio, se quedó quieto sin saber qué hacer.

Y miraba sintiendo una gran desazón en su interior cuando, el que se abrazaba con el hermano, gritó sorprendido:
- ¡Nos han descubierto! Mira quién está ahí.
Miró el hermano mayor y al verlo, rápido separó su cuerpo del que lo abrazaba y muy enfadado gritó al joven menor:
- ¿Qué haces tú aquí?
No reaccionó el hermano menor. Durante unos segundos, permaneció inmóvil y fijo en las figuras del hermano mayor y en la del joven que había junto a él. De nuevo el hermano mayor gritó más enfadado aún:
- ¿Es que me estás persiguiendo? Me he ido de la casa de nuestros padres porque necesito realizar mi vida sin vuestra presencia. ¿A qué has venido por aquí?

Y ahora el hermano menor sí dijo:
- Nuestros padres, la hermana y yo, te echamos de menos, ellos están tristes y la hermana y yo, también. ¿Por qué haces esto?
Y ahora nada dijo el hermano mayor. Sí el que había a su lado, arrancó en una carrera veloz hacia el hermano menor con la intención de atacarlo. Se dio cuenta de esto el joven y por eso, lleno de miedo, se giró hacia atrás, como hacia la puerta y en un instante, estuvo fuera del recinto ajardinado del edificio.
- Como te coja vas a saber lo que es bueno. ¿Para qué vienes tú por aquí a espiarnos? Lo de tu hermano mayor y lo nuestro, no es cosa tuya. Así que ni se te ocurra contar a nadie lo que acabas de ver.

Estas últimas palabras apenas pudo oírlas el joven menor. Lleno de miedo y desconcertado por lo que había visto, no paró de correr alejándose rápido de la casa del jardín. Cruzó el río, subió a toda prisa por la ladera dirección a las montañas y unas horas después, ya estaba muy lejos de los lugares de la Alhambra y ciudad. Ahora buscaba una senda muy concreta que, por entre majoletos, castaños y encinas, subía por la Cañada. Conocía esta senda casi desde sus primeros días de vida y porque muchas veces se la había recorrido en compañía del hermano mayor y de la hermana.

Pero en estos momentos, en cuanto empezó a recorrer la senda de los majoletos, su corazón se llenaba más y más de una muy amarga y extraña tristeza. Porque sentía como si la muerte se lo estuviera llevando y por eso, ya nunca más, nunca más volvería a recorrer estos lugares tan queridos y entrañables para él. Jadeaba y en su alma, para animarse y como buscando una explicación a lo que había visto y oído unas horas antes, se susurraba: “Siento como si de pronto ya nos hubieran arrancado para siempre, las tierras y paisajes que he pisado cada día y noche. No volveré, nunca más por aquí ni volveré a respirar el fresco y puro aire de estas cañadas. No me deleitaré más en las sencillas y humildes florecillas de estos montes ni oiré los cantos de los mirlos, ruiseñores, currucas, arrendajos y oropéndolas que pueblan está cañada. Todo queda atrás ya para siempre. Un mundo hermoso pero a partir de ahora, imposible para mí y por eso lo siento amargo, oscuro, desvanecido en la lejanía más infinita y etérea. ¿Por qué ha sucedido esto?”

Al llegar al final de la cañada, por donde crecía un grupo de viejas y frondosas encinas, se acercó al manantial. Brotaba este manantial en la parte de debajo de varias rocas grandes y su claro chorrillo, caía rumuroso al surco del arroyo. Agua muy limpia, con sabor a miel y matizada con gusto a roca de la montaña. Conocía este venero por las muchas veces que, junto al hermano mayor y la pequeña, aquí habían bebido y jugado a lo largo de tardes y mañanas.

De esta agua bebió un trago, lavó luego sus manos y en la roca más grande, se sentó. Triste miró para la ciudad de Granada y para la colina de la Alhambra y sintió ganas de llorar. Pero en este momento, por la senda que, desde el cerro a su derecha y donde en todo lo alto se veía el blanco cortijo,

vio que caminaba y se acercaba una mujer. No muy mayor y que él conocía desde hacía mucho. Al llegar ella, lo saludó y al verlo tan apenado, le preguntó:
- ¿Qué es lo que ha pasado?
Y ahora sí se le saltaron las lágrimas. Compungido dijo a la mujer:
- Es muy largo de contar y ni siquiera sé cómo hacerlo.
- Pues si quieres, tú cuéntame que te escucho y seguro puedo ayudarte.

Durante un rato largo, el hermano menor estuvo hablando y contando lo que le había pasado. En silencio y con mucho interés, escuchó la mujer. Esperó y cuando el joven parecía tomar un respiro y poner punto final a su relato, la mujer lo abrazó, le ayudó a retirar las lágrimas de sus mejillas y luego, muy pausadamente y con dulzura, dijo:
- Todos en esta vida, más tarde o más temprano un día dejamos de ser niños. Crecemos, nos hacemos mayores y durante un tiempo, quizá años, buscamos nuevos mundos y también experiencias. Luego, también un día, cuando menos lo esperamos, a nuestra mente acuden los recuerdos de los días y vivencias de la niñez.

Con frecuencia, en muchas ocasiones, queremos volver a esa etapa y no lo conseguimos. En esta vida, nunca es posible volver a lo que ya quedó atrás. Lo importante siempre es vivir el momento presente como si fuera el último trago de la vida. Una vez las cosas quedan atrás, de ningún modo es posible recuperarlo. Y no olvides nunca que aquellas cosas materiales que en esta vida se acumulan, también en algún momento tendrás que dejarlas para siempre. Por eso es bueno prepararlo todo para ser rico en la realidad que hay más allá y nos espera después de la muerte. En ese lugar que llamamos cielo, es donde de verdad tendremos nuestra dicha, paz y gozo. Así que no te apenes tanto y ser fuerte. Entiendo tu dolor y lo único que puedo hacer es procurar que tu corazón siga siendo puro y grande.

En silencio escuchó el joven las palabras de la mujer. Por su cara seguían cayendo algunas lágrimas. Le dio un abrazo ella y luego le regaló un beso. Y fue en este momento cuando el hermano menor preguntó:
- ¿Y a mis padres cómo le cuento yo lo que he visto y me ha pasado?